

NOTAS NOTAS

PREMIO DE NOVELA "BIBLIOTECA BREVE"

La concesión del último "Premio Biblioteca Breve (En Memoria de Joan Petit)", el pasado marzo, al escritor venezolano Adriano González León por su obra *País portátil*, plantea la necesidad de dar cierta información al lector venezolano sobre lo que ese Premio representa en la historia inmediata y en la actualidad de la literatura en lengua castellana. No es, probablemente, una exageración afirmar que dicho Premio es el de más prestigio literario entre los que actualmente se conceden en España, prestigio que proviene tanto de la tradicional posición desde la que ha venido concediéndose desde hace ya diez años como de los autores sucesivamente premiados. Para presentar el Premio y la editorial que lo concede hay que remontarse al panorama intelectual español de la postguerra, y tratar de trazar luego una esquemática línea evolutiva a través de los ganadores del Premio. La primera postguerra parece traer un individualismo inhibicionista en la novela. Los escritores, salvo honrosas excepciones, se refugian en un aislacionismo que les permita sobrevivir personal y artísticamente. Los años que siguen a una guerra civil no son nunca propicios a las espontáneas manifestaciones de sentimientos ni ideologías, así sean traducidos en materia artística. Vencedores y vencidos conviven, y la rabia como el triunfo deben ser vergonzantes, hacerse subterráneos hasta casi desaparecer. Pero otra generación sube, la que no tiene rencores ni vanaglorias, casi ya ni recuerdos. Una generación a la que anima la búsqueda de algo inexis-

tente, y de lo cual se siente privada cuando no despojada; algo nuevo y mejor, tanto en literatura como en justicia, en expresión, algo que va a ser tarea suya recrear. Una generación cuyos recuerdos personales sólo son breves y relampagueantes visiones infantiles de un pasado sentimentalmente confuso pero al que intelectualmente en cambio empieza ya no sólo a comprender sino, lo que es más importante, a juzgar. Esa es la generación que produjo la llamada novela social, de inicios tal vez simplistas y agresivos, pero que marca una etapa en su intento de sacudir un aislamiento, un retrogradismo cultural, una ignorancia del evidente progreso universal hacia nuevas formas del espíritu, nuevas coordenadas intelectuales y nuevos medios de expresión. Las primitivas características de aquel tipo de realismo han sido hoy superadas, pero el realismo en sí subsiste, enriquecido y evolucionado, mantenido a través de nuevas y más eficaces formas que permiten hoy hablar de un renacimiento y una exuberancia del género en el ámbito de las letras españolas. Y esta es la generación que fundó el Premio que ahora nos ocupa, en cuya creación y mantenimiento deberán citarse siempre los nombres de Carlos Barral y Joan Petit. Desde su posición seria, sólida y reflexiva, aunque siempre joven y temeraria, y a los ojos de ciertos sectores alocada, nacieron y crecieron las colecciones Biblioteca Breve y Biblioteca Formentor. Su empresa (en el sentido cultural y no industrial de la palabra) fue recoger, alentar y difundir esas nuevas tendencias de los jóvenes autores españoles, así como las del exterior, rindiendo así al país tal vez mayor

NOTAS NOTAS

servicio que muchas y solemnes instituciones culturales. La Biblioteca Breve, sola y única en su género en sus orígenes, hoy afortunadamente acompañada en su cometido por alguna otra editorial de similar impulso, cumplió con revulsionar la opinión, crear unos criterios, ampliar la minoría de los iniciados y presentar nuevos y fecundos horizontes en la narrativa, en las ciencias humanas y en los análisis sociales, contribuyendo así no sólo a la información sino a la libertad intelectual del lector de habla española. Se la ha llamado y cree ser comprometida, comprometida con la amplitud del pensamiento, con la asunción total del individuo y de la sociedad, con la exigencia, mudanza y flexibilidad de la expresión artística. Todo esto, y no la cuantía económica del Premio ni la máquina industrial que lo sostiene — modesta y de relativamente escasa aunque ambiciosa producción — es lo que confiere su prestigio al Premio, un prestigio, repetimos, mutuo: los autores sucesivamente galardonados desde 1958 han sido siempre significativos, y en su mayor parte auténticos novelistas que han mantenido fecundamente una continuada labor de creación. Biblioteca Breve no ha participado en la carrera de los premios, y los autores que a él concurren saben muy bien que ese puñado de miles de pesetas recibido por el ganador en el momento de serle otorgado es bastante menor que el que otros premios ofrecen. Para ilustrar este hecho puede referirse una anécdota: en 1965, coincidiendo casualmente con la fecha de concesión del Premio Biblioteca Breve (aquel año, a Carlos Fuentes), aparecieron en un diario matutino unas declaraciones de un

potente editor barcelonés que concede también anualmente un premio de novela. En el curso de dichas declaraciones, y a propósito de la elevación de la cuantía de un tercer premio novelístico, afirmó que, para seguir siendo él el mayor, aumentaba desde aquel momento el suyo a un millón de pesetas. Aquella misma noche, en un gesto algo teatral pero muy significativo, Carlos Barral declaraba a los críticos y amigos que asistían a la proclamación del Premio Biblioteca Breve, que en adelante el galardón consistiría únicamente en una simbólica moneda de plata. Respetando, naturalmente, el razonable adelanto sobre derechos de autor que por la edición de la novela suscriben las bases.

La lista de los sucesivos ganadores del Premio Biblioteca Breve es la siguiente: en 1958, Luis Goytisolo, con *Las afueras*, una novela muy bien escrita y muy significativa de esa posición de que hablábamos antes, al presentar, en su desolación y monotonía, las situaciones de los diversos personajes de la sociedad española; una técnica discretamente elaborada las superponía e identificaba en su nostalgia inútil de unas tranquilas "afueras". En 1959, *Nuevas amistades* de Juan García Hortelano, iniciaba la carrera del que sería años más tarde Premio Formentor (con *Tormenta de verano*), el narrador que utilizando con gran habilidad un diálogo aparentemente anodino, daba el cuadro dramático de una juventud banal y aburrida, la de la alta burguesía madrileña, hambrienta de un inexistente suceso. En 1960 el Premio fue declarado desierto, quedando como finalista Juan Marsé con su novela *Encerrados con un solo ju-*

NOTAS NOTAS

quete. En 1961, José Manuel Caballero Bonald con *Dos días de setiembre*, cuyo tema son los acontecimientos que enfrentan a individuos y castas en la vendimia de Jerez. 1962 es un año importante en la historia del Premio porque marca la entrada de la novelística latinoamericana en el interés del jurado: *Los albañiles* del mejicano Vicente Leñero, es la revelación de la necesidad de asumir, por ricos y comunes, toda una gama de temas y procedimientos que estaban y están haciendo de Latinoamérica el escenario más interesante de la literatura de habla española. 1963 es quizá el año cumbre de esta historia: *La ciudad y los perros*, del peruano Vargas Llosa, es la obra más fuerte, más valiente, más rica artísticamente que ha producido la novelística latinoamericana en muchos años; como un brochazo sobre todos los convencionalismos literarios y sociales europeos, *La ciudad y los perros* modifica para siempre la concepción de las técnicas y de los sentimientos morales para todo el futuro del género. En 1964 el Premio fue otorgado a *Tres tristes tigres* (Vista del Amanecer en el Trópico, era su primer título), del cubano Guillermo Cabrera Infante, ágil collage literario que traduce hábilmente el collage que a su vez experimentaba todo un país y un pueblo. En 1965, Carlos Fuentes, con *Cambio de piel*, aportaba una modernísima novela con su historia de ese viaje en que se buscan sin encontrarse unos personajes que conviven distantes. *Ultimas tardes con Teresa*, del barcelonés Juan Marsé, en 1966, representa la maduración estilística de un novelista hasta entonces balbuceante, que es una de las más emotivas narraciones de la historia del

Premio, afronta con cierto valiente desengaño la posición de los intelectuales de su generación. Y por último, el Premio correspondiente a 1967 — otorgado por razones que no hacen al caso, en marzo del 68 —, hace saltar a Venezuela doblemente al primer plano de la narrativa, por la nacionalidad de su autor, Adriano González León, y por ser su país el protagonista, ese *País portátil* que constituye su acción.

Tres aspectos importantes vale la pena destacar en esta historia del Premio Biblioteca Breve: en primer lugar la voluntad exclusivamente literaria que lo fundamenta, con total y absoluta independencia de criterios comerciales, voluntad que se ha visto recompensada con que sus ganadores sean hoy en su mayoría nombres importantes en la novelística internacional, autores sobre todo de oficio y vocación, que cuentan ya en su haber, desde antes o después, novelas que constituyen una obra coherente y adulta. En la personalidad de Vargas Llosa o Carlos Fuentes es superfluo insistir ante el lector latinoamericano; el primero ha publicado después una novela, *La casa verde*, aún más ambiciosa que la primera, y caso insólito, ha merecido por dos veces consecutivas el Premio de la Crítica española a una novela publicada en España; y Carlos Fuentes, con *La muerte de Artemio Cruz* y tantas otras es no sólo un gran escritor mejicano sino internacional. Vicente Leñero ha publicado posteriormente *Estudio Q*. Y es seguro que la voluntad, el oficio y la vocación de Adriano González León, ya manifestados en anteriores obras narrativas (*Las hogueras más altas*, cuentos; *Hombre que daba sed*, cuentos),

NOTAS NOTAS

seguirán enriqueciendo la literatura venezolana. En cuanto a los españoles, Luis Goytisolo es también autor de *Con las mismas palabras*; Juan Marsé lo es, además de la primera, *Encerrados con un solo juguete*, de *Esta cara de la luna*; y Juan García Hortelano es hoy uno de los primeros nombres de la moderna narrativa española; mención aparte merece José Manuel Caballero Bonald, por ser uno de los más apreciables poetas del actual panorama literario. El segundo aspecto, no mencionado hasta ahora, es que esos autores, pese a estar injertados en la voluntad de renovación que anima al género en todo el mundo, son ante todo frutos de su propia cultura, y asumen sus propios problemas, su propia sociedad, sin concesiones, ni por parte del jurado ni por parte suya, a una minoría snob e inoperante. Y el tercer aspecto, con el cual quisiéramos terminar, para más resaltarlo, estas notas, es el de la importancia que el Premio ha concedido a la literatura latinoamericana, rindiendo así homenaje a unos pueblos y unas culturas de los que está convencido que el artista y el hombre español tienen actualmente que admirar y aprender mucho.

CARIDAD MARTINEZ



Rodolfo Izaguirre: ALACRANES.
(*Letras de Venezuela, Dirección de Cultura, Univ. Central de Venezuela, Caracas 1968*).

Si Rodolfo Izaguirre, en lugar de haber dedicado unas cuantas semanas de vacaciones a imprimirle forma a su novela ALACRANES, hubiera

podido darse el lujo de recluirse por unos dieciocho meses, como lo hizo el afortunado García Márquez para rematar sus "Cien Años de Soledad", posiblemente estaríamos hoy ante una obra que nada tuviera que envidiar a sus colegas del famoso *boom* latinoamericano.

Lamentablemente no podemos reseñar lo que hubiera podido suceder. Tenemos que examinar la obra tal como se nos presenta, con todas sus imperfecciones reconocidas por el propio autor. Y a sabiendas de que se trata de su primer intento narrativo debemos reconocer que nos encontramos en presencia de un vigoroso prosista: un maestro en símbolos que como en "La Peste" de Camus o en "El Túnel" de Sábato, cautiva por la fuerza de su lenguaje. No nos parece cosa de principiante, como lo apuntara — en nuestra opinión erróneamente — un profesor de literatura. Por el contrario, se requiere mucha madurez para ofrecernos, en el semblante de una vieja casa caraqueña, un mundo que se desmorona; para conferirles una nueva dimensión a los colores del yodo, de la creosota y del elixir paregórico, que se escapan de sus frascos; al movimiento de la boca del Negus en la estampilla de una vieja tarjeta postal; al perrito emudecido de la RCA Victor; a la casa que ha venido girando y huyendo, poniéndose chiquita en medio del vendaval, para estallar de pronto como si una pelota de béisbol quebrara en el aire un espejo de oro... Corrientemente decimos que la muerte ronda; pero no todos le atribuyen la cualidad de ir tocando de puerta en puerta, fingiendo los golpes del cartero, del cobrador de la luz o los del muchacho de la panadería; de dar